

UN TEMPLO MAYA EN EL CARIBE

Para T.C.L.

Por Arturo Gómez

El medio ambiente en que germinó, se desarrolló y floreció la civilización maya comprende una diversidad de regiones naturales de contrastes tan marcados como los que existen entre las selvas, bosques, montañas y volcanes de Chiapas, Guatemala y Honduras, y las planicies y valles de Tabasco y la Península de Yucatán, o las zonas costeras del Pacífico, el Golfo de México y el Mar Caribe.

Este intrincado fresco geográfico ofrecía, por otra parte, una variedad casi infinita de recursos e incentivos que permitieron a sus pobladores en el lapso de unos cuantos milenios, el desarrollo de una de las más originales civilizaciones antiguas del Nuevo Mundo.

En diferentes épocas y distintas zonas de esta importante porción de Mesoamérica, y como otros grupos en otras regiones de ella, los mayas erigieron admirables centros urbanos y ceremoniales y recibieron influencias de o hicieron llegar las suyas a otras culturas mesoamericanas. Sus lazos con las olmecas se observan en sus más antiguos monumentos y, durante su esplendor clásico, sus relaciones con los teotihuacanos son patentes, mientras que en la época posclásica, toltecas, mayas y mixtecos se mezclan en el centro y sur de Mesoamérica, donde todavía podemos ver testimonios de este mutuo enriquecimiento.

Las ciudades mayas de la costa Caribe de Mesoamérica ocupan un lugar periférico y tardío en relación con los grandes centros clásicos de la región del Usumacinta y del Petén guatemalteco, o a las geométricas y barrocas ciudades de la parte norte de la Península de Yucatán, ligeramente posteriores a los portentosos de

Palenque, Tikal, Copán, Yaxchilán, Cobá, y más bien se asocian con los grandes centros posclásicos maya-toltecas de Yucatán: Chichén-Itzá y Mayapán. También a diferencia de las metrópolis clásicas, las ciudades de la costa del actual estado de Quintana Roo se encontraban en pleno florecimiento en la época de la conquista europea; de manera que, además de los restos arqueológicos, contamos para reconstruir su grandeza y decadencia con las crónicas y relatos de los aventureros españoles, mientras que en el caso de Palenque, Tikal, etcétera, casi sólo sabemos lo que la arqueología nos revela. De hecho, la "historia occidental" de la civilización maya se inicia en el Caribe mesoamericano con el encuentro de Colón, frente a las costas de Honduras, en su cuarto y último viaje, con comerciantes y navegantes mayas, y continúa con las expediciones descubridoras de Hernández de Córdoba y Grijalva, antecedentes de la de Cortés y de la caída del poderoso imperio mexicano a manos de los herederos de quienes habían fundado Roma y derribado las murallas de Troya.

El estudio de la historia nos permite reconstruir a distancia el escenario, los actos y los actores de lo que un cronista llamó "la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió". Nada cuesta imaginarnos en las tranquilas aguas del Golfo de Honduras, después de una horrorosa tormenta que hizo naufragar diecinueve barcos de la flota de Ovando, gobernador de Santo Domingo, con todo el oro y la plata que, rescatados hasta entonces, anticipaban los tesoros de México y Perú, al Almirante, a su hermano el Adelantado, a su hijo Fernando y a An-





tón de Alaminos, asombrados, contemplando una canoa de considerable tamaño, con unas cuarenta personas a bordo, cargada de elaborados objetos que los europeos no habían visto hasta entonces en diez años de vagabundeo por islas y parte de la tierra firme en el Mar Caribe. Alaminos, más tarde, sería el piloto de las expediciones de descubrimiento y conquista de México y entre búsquedas de Eldorado, Floridas de perpetuo verano y fuentes de eterna juventud (además de esclavos para las plantaciones y para los "laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas"), los aventureros europeos dieron con las luminosas ciudades mayas de las costas de la Península de Yucatán de donde provenían los "fenicios del Nuevo Mundo" que traficaban con los objetos de metal, cerámica, algodón y semillas de cacao que tanto llamaron la atención de los aventureros españoles en el encuentro con la canoa maya del cuarto viaje del Almirante.

Tulúm, que al momento de ser descubierta fue comparada con Sevilla, sucumbió con las demás ciudades fortificadas de la costa Caribe, como Troya y Cartago, al embate de los invasores. Sus habitantes las abandonaron y se refugiaron en la selva y ésta, en pocos años, recobró los territorios ocupados por los otrora impresionantes edificios.

El olvido, cuya eficacia es superior a la del recuerdo, borró la memoria de las glorias y afanes de quienes habían erigi-

do un emporio marítimo y comercial único en el Nuevo Mundo y sumergió en las insondables y tenebrosas aguas del pasado lo que tanto asombro había causado a los hombres del Renacimiento. Pirámides y templos permanecieron ignorados, olvidados y sepultados bajo centurias de vegetación, hasta que desde mediados del siglo pasado, exploradores y arqueólogos han venido revelándonos el fascinante mundo y original modo de vida de los habitantes de las ciudades portuarias del Caribe mesoamericano que, a semejanza de Venecia o Cádiz en el Viejo Mundo y en la misma época, eran centros culturales y comerciales que asimilaban y difundían ideas, productos y técnicas de o hacia lugares bastante alejados del ámbito de su dominio.

Esa magia y misterio que percibimos los modernos visitantes de esos sitios son comparables a la inquietud y zozobra que experimentamos cuando leemos relatos de futuros encuentros con civilizaciones extraterrestres también desaparecidas. Si Egipto y Grecia están constantemente recordándonos que las civilizaciones también son mortales, las ciudades mayas abandonadas en la selva sobre la que alguna vez reinaron orgullosas, inevitablemente nos recuerdan nuestra propia fugacidad e irremediable fatalidad.

"Dejemos a los troyanos, que sus males no los vimos ni sus glorias. . ." En su época de esplendor, los centros urbanos y ceremoniales de la costa Caribe e

islas adyacentes tenían dos funciones íntimamente relacionadas e inseparables. Una, la del lugar de culto, el sitio sagrado y cargado de símbolos y alegorías, el punto de reunión entre hombres y dioses. La otra, el espacio civilizado, el orden rescatado de la confusión vegetal, delimitado por la mano del hombre e indispensable para llevar a cabo las variadas relaciones sociales y económicas que hacen posible la vida en la ciudad.

Todas las culturas, en todas las épocas, han contado tanto por razones religiosas como de tipo práctico, con estos santuarios, mecas o lugares de iniciación que es necesario visitar para venerar, consultar el oráculo o develar los misterios del más allá y, al mismo tiempo, para efectuar funciones de tipo más mundano; a los peregrinos los movía para aventurarse y exponerse por tierras extrañas, no sólo la devoción y los mandatos del culto, también la imperiosa necesidad de intercambiar objetos y productos que, abundantes en sus lugares de origen, tornábanse en imprescindibles o exóticos allí donde su escasez acrecentaba su valor.

Tulúm, Tancah, Xelhá, Xcaret, Cancún, Cozumel, son sitios bien conocidos y, desde la visita a mediados del siglo pasado de Stephens y Catherwood han sido explorados y dados a conocer ampliamente. Otros lugares en la costa oriental, de tanta o mayor importancia, permanecen casi desconocidos y es escasa la información sobre ellos.

Muyil, a unos 30 km al suroeste de Tulúm, parece haber sido la ciudad maya más importante del periodo posclásico en Quintana Roo. A la orilla de las grandes lagunas del mismo nombre dominaba, en su época de esplendor, una vasta región que de densa selva en el núcleo de la ciudad, va transformándose a través de las lagunas, canales y esteros, en sabana y manglar hasta desembocar en los pantanos de la costa media del estado de Quintana Roo, en el sitio llamado Boca Paila al norte de la Bahía de la Ascensión.

El inicialmente desconcertado visitante de Muyil se enfrenta con los edificios antiguos (más de cien), desparramados entre árboles descomunales y una vegetación que casi está creciendo ante sus ojos; al asombro que inevitablemente le

producen las pirámides, el tiempo y los templos, sigue la incapacidad o dificultad para imaginar a partir de esos confusos restos, el orden que debió haber imperado cuando, entre jardines y estanques, alineados alrededor de amplias plazas, se levantaban conjuntos de templos, plataformas y pirámides de brillantes colores, comunicados por blancas calzadas.

El asombro se intensifica cuando el interesado recurre a las fuentes escritas en busca de información sobre un sitio que parece haber sido tan importante en la época de la Conquista; ni crónicas ni mapas de la época existen sobre este lugar. Sólo sabemos, por los toscos relatos de los conquistadores, que los aborígenes mayas de esa región nunca se les rindieron

y, cuando lograban derrotarlos, a la primera oportunidad se sublevaban; finalmente, abandonaron las poblaciones, destruyeron huertos, sembradíos y cuanto pudiera ser de utilidad para los españoles, y se refugiaron en las umbrosas selvas del interior, donde algunos de sus descendientes permanecieron hasta hace pocos años, en poblados casi incontaminados y sin permitir la presencia de intrusos.

El hábito de eludir a los invasores abandonando las ciudades de la costa para refugiarse en el interior lo acostumbraban los mayas antes de la Conquista y lo siguieron poniendo en práctica después de ella, ante variados y constantes depre-dadores. De lo que se cuenta en una parte

del *Chilam Balam de Chumayel*, uno de los escasos libros nativos que sobrevivieron a la furia y celo de los conquistadores y evangelizadores, los comentaristas infieren que la costa oriental de la Península de Yucatán era visitada y asolada por indios caribes que cautivaban a los nativos mayas para esclavizarlos o para hacerlos partícipes (pasivos) de sus banquetes (*cantibal* es una derivación de la palabra antillana *caribe*).

Para cuando los conquistadores europeos arribaron a las costas de Yucatán, ya habían exterminado a los pobladores aborígenes de las Bahamas (Lucayas) y de parte de las Antillas; a falta de oro y otros tesoros, "saltar" indios mayas para agotarlos en las plantaciones y minas de oro caribeñas era una solución; otra, importar africanos que de esta manera contribuyeron con su aporte genético al gran crisol americano. Piratas y filibusteros ingleses, franceses y holandeses continuaron la tradición de caribes y españoles y, durante los siglos siguientes, aterrorizaron poblados costeros obligando a los escasos indígenas sobrevivientes a ocultarse en las selvas del interior. Y para no ser menos, políticos y militares mexicanos prolongaron durante la segunda mitad del siglo XIX la costumbre de caribes, conquistadores y piratas de traficar con esclavos mayas para las plantaciones antillanas como represalia a los levantamientos indígenas durante la "guerra de castas".

No debe extrañarnos, entonces, que a pesar de todo ese esplendor maya de los siglos XIV a principios del XVI sólo abandono y silencio encontremos en los posteriores. Apenas una vaga mención de Muyil como poblado indígena hemos localizado en una *Relación* de finales del XVI, y otra no menos difusa de mediados del XIX del lugar como bastión de "indios sublevados", practicantes del culto de la "cruz parlante", originado sin duda en el de los templos oraculares de la época prehispánica y semejante al que se practicaba en el pozo de la Sibila en Sicilia o en el Templo de Apolo en Delfos.

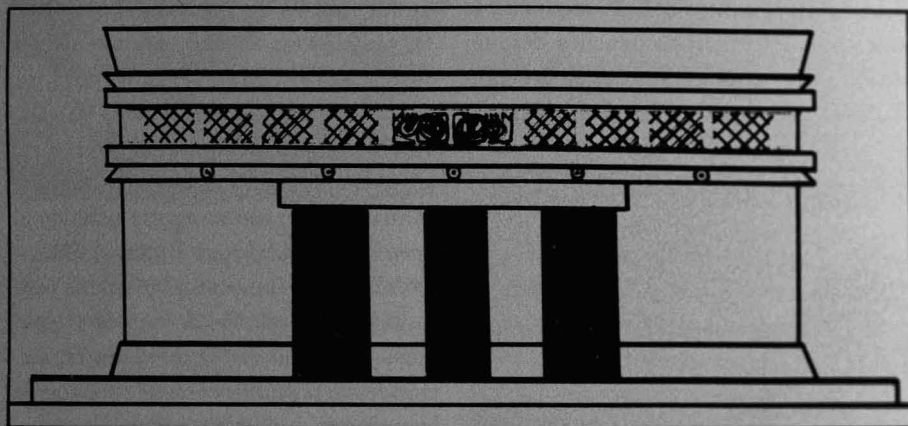
El santuario de Nuestra Señora Tonantzin, en lo que hoy es el de Nuestra Señora de Guadalupe y el gran templo de Cholula, eran entre otros, santuarios sagrados en el México central; en el área maya y en la época de la Conquista, Co-



zumel atraía a esos peregrinos-comerciantes como Roma a los romeros, para venerar a Ix Chel ("Nuestra Señora Única" según el *Ritual de los Bacabs*), la Luna, diosa de los nacimientos y la medicina, patrona de los navegantes, y a quien acudían los peregrinos para enterarse de los arcanos de la vida, del tiempo y del espacio. Los sitios de culto se extendían a lo largo de la costa Caribe de Quintana Roo y Belice en la Península de Yucatán. De Cozumel incluso se dice que era territorio neutral, "tierra de nadie" y "puerto de comercio", importante

mente, indicaba la ruta a seguir y era una avanzada de la ciudad.

Se trata de un edificio rectangular de un solo piso, típico ejemplo del estilo arquitectónico de la costa oriental, que se conserva más o menos en buen estado aunque cubierto de vegetación. Por la forma en que está distribuida la planta del templo, con un santuario interior como otros edificios parecidos en Cozumel y otros lugares de la costa, puede tratarse de uno de los templos oraculares a que nos hemos referido y que fueron observados y descritos por los españoles:



mercado donde se llevaban a cabo transacciones comerciales.

Muyil, por su extensión, por su situación, puede haber sido uno de estos lugares de concentración de culto e intercambio comercial, relacionado con los grandes mercados del Golfo de Honduras en el extremo Caribe de la Península de Yucatán, y con el de Xicalango en el Golfo de México y en el otro extremo de la misma Península.

Para llegar a la ciudad por el mar, era necesario recorrer las lagunas y los canales que se extienden por un par de docenas de kilómetros; canales que en algunos casos eran artificiales o habían sido mejorados por manos mayas y, para indicar los caminos a seguir en el laberinto del manglar, los mayas erigieron templos que funcionaban como señales marinas y en los que los navegantes debían efectuar ceremonias religiosas y ofrendar sus tributos.

Más o menos a medio camino, entre el mar y la ciudad de Muyil y cerca de la ribera de una de las grandes lagunas, quienes arribaban remontando la corriente en canoa, se encontraban —después de rodear una curva del canal— con uno de estos templos que, evidente-

"...había un extraño ídolo y muy diverso de los demás, aunque ellos son muchos y muy diferentes. Era el bulto de aquel ídolo grande, hueco, hecho de barro y cocido, pegado a la pared con cal, a las espaldas de la cual había una como sacristía, donde estaba el servicio del templo, del ídolo y de sus ministros. Los sacerdotes tenían una puerta secreta y chica, hecha en la pared en par del ídolo. Por allí entraba uno de ellos, envestíase en el bulto, hablaba y respondía a los que venían en devoción y con demandas. . . A causa de este oráculo e ídolo, acudían a esta isla de Cozumel muchos peregrinos y gente devota y agorera, de lejanas tierras, y por eso había tantos templos y capillas". (Francisco López de Gómara, *Historia de la Conquista de México*, Zaragoza, 1552).

Cuenta Borges que cuenta Croce, abreviando un texto latino del historiador Pablo el Diácono, la historia de un guerrero bárbaro que murió defendiendo a Roma y al orden que antes había atacado. Anatematizado y tenido por traidor por sus compañeros y contemporáneos, Gonzalo Guerrero, también conocido como Gonzalo Marinero, puede ser comparado con el guerrero bárbaro

que se convirtió al orden latino. Náufago en el Caribe en una de las expediciones de descubrimiento, acabó abrazando la causa de los mayas y dirigió, en la costa oriental, las batallas contra sus ex compañeros europeos y según ellos, "hasta llegó a idolatrar"; es posible que en alguna de sus correrías se haya detenido ante el templo de la laguna de Muyil; es posible también que, como nosotros actualmente, se haya asombrado ante la increíble variedad de aves que pueblan el lugar: garzas, alcaravanes, airones, espátulas, ibis, fragatas, cormoranes, flamencos, guacamayas y tucanes.

Más de un siglo de exploraciones e investigaciones (también depredaciones) sistemáticas, nos permiten admirar y entender el éxito con que los mayas enfrentaron el reto que representaba el medio ambiente en que se desarrollaron y en el que lograron llegar tan alto, tan alto. Un profundo conocimiento y religioso cuidado del entorno vegetal y del mundo animal que, lejos de ser ajeno, formaba parte de la varia maravilla de su esfera vital, hizo posible tanta armonía y tanto esplendor. No sólo el cuidado y óptimo aprovechamiento de los terrenos para cultivo, también el uso y aplicación de complejos sistemas agrícolas y sofisticadas técnicas hidráulicas, además de huertos, viveros y hortalizas, y la utilización de los recursos silvícolas, y en general el profundo respeto con que enfrentaban al medio ambiente, hicieron posible la triunfal evolución de los mayas en un entorno de apariencia delirantemente hostil que los invasores europeos llegaron a considerar como un infierno de llamas verdes y lascivos colores minerales, vegetales y animales.

Todo esto compendiado y representado por un templo maya solitario a la orilla de una laguna en el Caribe, como señal en el tiempo y el espacio, como mensaje de un modo de vida diferente y sin embargo tan nuestro, un templo que nos recuerda las palabras con que se inicia el libro sagrado de los mayas, el *Popol-Vuh*: "Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo." O, para decirlo con el nombre que los mayas daban a esta región: esto es *Sian Ka'an*, aquí está "el origen del cielo." ♦